

En su laboratorio de genética nuclear, Jacobo García, un prestigioso científico de cuarenta y ocho años, elaboraba los datos del estudio en el que actualmente estaba inmerso, acerca de la influencia árabe en la carga cromosómica de la población española.

Para esta tesis había recogido muestras de forma aleatoria en distintas poblaciones de España y de los descendientes de aquellos musulmanes que habitaron la península ibérica durante setecientos años.

Procesaba los últimos datos antes de su viaje a Monterrey (México), al congreso mundial de genética aplicada.

Jacobo era mundialmente conocido por sus estudios en esta materia y por su hipótesis acerca de todos aquellos seres de la mitología que pudieran haber sido obra de una manipulación genética.

–Isabel, ve registrando todos estos datos que hemos obtenido, por favor.

–Enseguida Jacobo.

Isabel, física y bióloga molecular trabajaba junto a Jacobo desde hacía cinco años, era una mujer de facciones suaves, mirada penetrante, de treinta y cinco años de edad y muy meticulosa en su trabajo.

Sonó el teléfono, contestó Isabel:

–Sí, dígame.

–El doctor Jacobo García, por favor.

–¿Quién le llama?

–El Dr. Miguel Alvarado, desde México.

Pasó el teléfono a Jacobo.

–Sí, dígame.

–¿El Dr. Jacobo García?

–Sí, al aparato, ¿quién es usted?

–Soy el Dr. Miguel Alvarado, no me conoce, pero necesito entrevistarme urgentemente con usted mañana cuando llegue a Monterrey.

–Perdone, pero tengo una agenda muy apretada y no podré recibirlo.

–¿Y si le digo que es acerca de su hipótesis de manipulación genética en siglos pasados sobre seres de la mitología?

–¿Cómo sabe usted sobre mis estudios?

–Es muy urgente que le vea, tengo información secreta que darle a conocer y no sé cuanto tiempo estaré en disposición de hacerlo. Le esperaré a su llegada a Monterrey, en el aeropuerto.

–¡Oiga, oiga!

La comunicación se cortó y Jacobo colgó con la sensación de que algo trascendental sucedería.

Tras su charla con Miguel Alvarado, Jacobo sintió una gran inquietud, que reflejaba su rostro. Alguien desconocido le había hablado de su hipótesis, mostrando un gran interés. Le había ofrecido datos, posiblemente valiosos, acerca de sus investigaciones sobre los seres de la mitología, ¿qué alcance tendrían esas informaciones? Se sentía inquieto y expectante.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Isabel.

–Sí. Esta llamada podría facilitarme informes acerca de mi hipótesis de los seres mitológicos de la antigüedad.

–¿Qué te ha contado?

–Dice que quiere entrevistarse conmigo. Tiene información acerca de estos seres.

–¿Qué tipo de información?

–No me lo ha dicho, no ha querido dar más explicaciones, me recogerá en el aeropuerto de Monterrey. Y, sin más, ha colgado.

–¿No te ha dicho quién o qué es él?

–No, no me ha dado tiempo de preguntar nada más.

–Como siempre todas estas informaciones hay que tomarlas con cautela y desconfianza, intentando detectar su veracidad. Sería estupendo que aportasen algún tipo de luz sobre tus investigaciones.

–Como ya sabes Isabel, defiende que estos seres mitológicos podrían haber existido hace miles de años, que fueron creados por alguien con algún fin, mediante manipulación genética.

–¿Quién tendría en esa época conocimientos suficientes para manipular los cromosomas? No han trascendido esos hallazgos.

–Como otros tantos. Existen trabajos y hechos en la antigüedad de tanta precisión y complejidad, que no podemos explicar cómo fueron realizados, pero ahí están. ¿Por qué no nos han llegado esos datos? ¿Se han destruido, perdido o están bien guardados? No lo sé.

–La verdad es que sorprende los conocimientos que tenían en varios campos de la ciencia. Como las construcciones egipcias, además de ser coincidentes con las construcciones mayas, en el tipo de pirámides, en continentes distintos y sin que entre ambas culturas existiese ningún nexo de unión, al menos que sepamos.

–Si se probase que en esas épocas existían unos conocimientos genéticos muy avanzados y que no han sido transmitidos, sería una revolución.

–Te ruego, que si obtienes algún dato importante, me tengas al corriente.

–Así lo haré, no lo dudes.

Terminaron los trabajos en el laboratorio un día más y se fueron a cenar, donde siguieron comentando el acontecimiento y el próximo viaje al congreso de Monterrey.